



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 151 – DICIEMBRE 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Un mes jubiloso

Antonio Salas

Hay muchas maneras de honrar la memoria de un ser querido. Entre ellas, merece -a mi entender- el más cálido parabién la forma cómo nuestra benefactora, María Ángeles Martín de la Sierra, ha decidido homenajear a su querido hermano José, a quien un cáncer galopante le arrebató la vida el pasado 17 de agosto. Dando, en efecto, un respiro a su duelo nos compartió el deseo de homenajearlo construyendo una casita en nuestra misión de Tamahú. Con el afán de complacerla, nos pusimos de inmediato en marcha. Nuestro representante reunió a la comunidad del caserío “San Francisco” para que le ayudara a elegir al candidato idóneo. Tras un breve intercambio de pareceres, la asamblea – ¡unánime! – encaminó sus miradas hacia la cochambrosa vivienda de la familia Cuz Ba. Y, según se ha podido ver, la decisión fue del todo atinada. De hecho, las diez personitas que la integran malvivían hacinadas en un cuchitril que estaba a punto de derrumbarse.

Paso sin más a presentarlas:

- | | |
|--------------------------|------------------|
| 1. José Cuz Tzibó | 41 años (padre) |
| 2. Angelina Ba | 35 años (madre) |
| 3. Olivia Cuz Ba | 16 años (hija) |
| 4. Irma Leticia Cuz Ba | 13 años (hija) |
| 5. Abner Fernando Cuz Ba | 10 años (hijo) |
| 6. Evaristo Cuz Ba | 08 años (hijo) |
| 7. Magali Marleni Cuz Ba | 05 años (hija) |
| 8. Juana Imelda Cuz Ba | 03 años (hija) |
| 9. Kendra Analí Cuz Ba | 01 años (hija) |
| 10. Antonio Ba | 60 años (abuelo) |



En este mísero chamizo vivía la familia Cuz Ba

Tras analizar el emplazamiento de lo que en breve sería su nueva vivienda, se vio que la obra resultaba viable. Ciertamente su ubicación no era la más propicia por lo accidentado del terreno. Pero, aun así, los fletes para trasladar los materiales podrían hacerse con un todoterreno, dejándolos este en el punto donde termina el

camino. Desde allí, tras 40 minutos de recorrido a lomos de los cargadores, se dejarían a pie de obra. Todo se hizo en un periquete. Y es que a nuestros aldeanos solo les frena lo imposible.

El asombro de José Cuz Tzibó, al saberse agraciado con una casita, solo pudo ser superado por su júbilo. Aunque a la sazón estaba trabajando como peón de albañil en uno de los arrabales de la capital, se personó con premura en su caserío para no perder el derecho a tan inesperada oferta. Sabía muy bien que a la ocasión se la suele pintar calva. Al intercambiar impresiones con él, se vio de inmediato que su pobreza era extrema. De hecho, para alimentar a su esposa, a sus siete hijos menores de edad y a su suegro, se veía obligado a desplazarse casi de continuo en busca de esporádicos trabajos. No era tampoco infrecuente que, en la época de la pisca, se trasladase a Honduras para ganarse algunos centavillos con el corte del café.



D. José Martín de la Sierra (Pepe Sierra)

A pesar de ser tan numerosa su familia, solo él aportaba ingresos, pues su esposa debía cuidar de su prole. Por su parte, el abuelo, aun sin ser todavía un anciano, llevaba años haciendo gala de escaso equilibrio mental. Ante tan angustiante tesitura, a Fratisa le complació ofrecerles un hogar confortable. Y así, sin más, se comenzaron a excavar sus cimientos. Si bien en todas nuestras construcciones cada ladrillo pretende ser expresión de cariño, en esta deseábamos rendir además un tierno homenaje a quien fuera la más lograda expresión del pundonor manchego. Se trataba, obviamente, de D. José Martín de la Sierra (Pepe Sierra).

Este ilustre daimieleño (a. 1942) cursó los estudios en su ciudad natal. Ya desde su infancia hizo alarde de un encomiable espíritu solidario que lo impulsaba a involucrarse en cuantos eventos incidían en el ámbito no solo familiar sino también comunitario. Su inquieto espíritu artístico lo impulsó, siendo aún adolescente, a adentrarse en el apasionante mundo de la música. Su excelente voz le ayudó a granjearse el aplauso de los melómanos. Aunque casado, con dos hijas y después también con dos nietos, las ocupaciones familiares jamás le impedirían cultivar sus dotes artísticas. De hecho, logró armonizar muy bien el trabajo profesional (Técnico de Telefónica) con la inquietud cultural. Su afabilidad, entusiasmo y bonhomía fueron sin duda el mejor caldo de cultivo al canalizar su pasión por el costumbrismo. Recién cumplidos los 37 años (a. 1979), con un grupo de amigos se arriesgó a fundar una asociación cultural, cifrada en recuperar las costumbres y tradiciones de Daimiel y otros enclaves circunvecinos. Para poner nombre al proyecto, se lo robaron a unos viñedos que toda la población conocía como “Bolote”. Pues bien, tras 45 años de exitosa andadura, “Bolote” cuenta hoy con un reconocimiento a nivel, no solo regional, sino también nacional.

Poco tardaría Pepe Sierra en ser nombrado su presidente. Y bajo su impulso y el de su esposa, Rosa Fernández Espartero, la asociación comenzó a hurgar en las raíces de una música popular que, aunque ya olvidada, se iba recuperando para deleite de los lugareños. Tras formarse un coro y una orquesta, sus conciertos se hicieron acreedores de preseas y galardones. Se tuvo incluso la bizarra idea de componer una “misa manchega”, previo el refrendo de las autoridades eclesiásticas. Fue tal su



La orquesta “Bolote”, en una de sus interpretaciones



Cuando una casa se torna homenaje, las labores se agilizan

éxito que hasta recibió el pláceme de la Secretaría de Estado (Vaticano). Todo eso ocurría en 1983. Llamaría asimismo la atención que, años después, la orquesta formada para divulgar la música costumbrista de la comarca tuviera la osadía de ofrecer una inspirada composición: “Bolote: poema folk daimieleño”.

Al constatar cómo sus iniciativas cada vez iban cosechando más éxitos, “Bolote” decidió publicar algunas obras donde el pasado de Daimiel se adentrara en su presente con un perfecto ensamblaje de folclore y costumbrismo. Y así, mientras se recuperaba la memoria histórica de los aperos de labranza, se vitalizaba la celebración del “día del ángel” (1 de marzo)

donde todo el poblado se afanaba por “atar al diablo”. ¡Costumbres son costumbres! Muchos más proyectos bullían en la mente de Pepe Sierra y sus socios. Pero, aun siendo inescrutables los designios divinos, Dios le tenía reservado un sitio en el cielo para que lo ocupara a partir del 17 de agosto de 2024. Por ello, en tal fecha decidió llevárselo con Él.

Aunque felizmente instalado en la mansión celeste, Pepe sigue aprovechando en ella su tiempo. Y así, impulsado por su endógena inquietud, ha solicitado el permiso de Dios para que su hermana, Angelita, a través de Fratisa, construya en su memoria una vivienda donde una familia muy pobre pueda compartir ilusiones ¿Cuándo hubiera imaginado el bueno de José Cuz Tzibó que Dios -en contra de su costumbre- se avendría a jugar con él a los dados? Y estos, al caer sobre su caserío (“El Mirador”), lo agraciaron a él - ¡jugarretas de la Providencia! - con un hogar tan digno como holgado.

En él, una coqueta inscripción, con el nombre de quien respira ya aires de eternidad, ayudará a recordar que las distancias entre Daimiel y



La placa que evoca el recuerdo de quien ya está con Dios



La familia Cuz Ba, compartiendo la delicia de estrenar hogar

Tamahú, si se aplican las coordenadas celestes, son realmente nulas. Por ello el disfrute de la familia Cuz Ba en ese nuevo hogar que -con el permiso de Dios- le ofrece Pepe Sierra, servirá a su vez de alivio y consuelo a cuantos en España siguen lamentando su ausencia. Aunque lloren por su muerte, se solazarán sabiendo que esa casita serrana, habitada por una agradecida familia indígena, estará siempre arropada por la oculta presencia de quien acaba de estrenar plenitud. Seguro que Pepe Sierra, al ver cómo la familia Cuz Ba disfruta a tope en su nuevo hogar, esbozará la más complaciente sonrisa. Y es que en el cielo también se sonríe.

Al compartirles a los aldeanos nuestro deseo de terminar cuanto antes esta casita por su condición de homenaje, incluso a nosotros nos dejaron perplejos. Y es que, en menos de un mes, las obra quedó rematada. Siempre he tenido claro que nuestros indígenas, al constatar que sus benefactores no les fallan, se implican hasta los tuétanos. Por otra parte, sin la incondicional entrega de nuestro representante (Raúl Leal), “milagros” así resultarían inviables. En todo caso, hoy es el día en que la agraciada familia, tras el obligado festejo de la inauguración, se ha instalado ya en su nuevo hogar donde todos sus miembros se sabrán mucho más felices. Tan sorprendente flujo de coincidencias me permite afirmar que, para nuestra misión de Tamahú, noviembre ha sido un mes realmente jubiloso.

Ayuda humanitaria - noviembre 2024

Raúl Leal

Nuestros beneficiarios están muy acostumbrados a recibir su canasta de alimentos el primer sábado de cada mes. Es un hábito que, entre nosotros, ha echado profundas raíces. A mí, por otra parte, me simplifica el reparto, pues no puedo citarlos a todos de antemano. Varios caseríos carecen de cobertura telefónica sin que tampoco falten en ellos quienes no disponen de móvil. Por eso a cuantos -días antes- llegaban a mi oficina para cerciorarse de recibir su despensa mensual, los serené garantizándoles que las entregas se harían como de costumbre. Aunque a ellos les quedara muy claro, a mí tardó poco en surgirme la duda.



Haciendo equilibrios para no caerse

¿Motivo? El sábado en cuestión coincidía con el 2 de noviembre, solemnidad de los difuntos. Al percatarme, entendí de inmediato la causa de su perplejidad.

Tal vez algunos lectores desconozcan cuán señalado es ese día para nuestros aldeanos que tan aferrados siguen a sus tradiciones. Honrar a los muertos es para ellos un deber y, al propio tiempo, un honor. Ocurre que, en casi toda la República, tal homenaje suele tributárseles el primer día de noviembre. En cambio, los tamahuneros se rigen por otro criterio. Para ellos, el “día de muertos” se celebra el 2. Y lo hacen sin escatimar esfuerzo ni entrega.

Al aproximarse la fecha, se aprestan a decorar el altarcito doméstico que en ningún hogar suele faltar. Y, tanto las candelas

como el incienso generan en él un ambiente muy propicio para relacionarse con sus seres queridos que en el “más allá” reciben jubilosos y agradecidos el sentido tributo de sus deudos. Y estos, para granjearse su beneplácito, suelen colocar sobre el altar las viandas y las bebidas que sus ancestros más disfrutaban en vida. Es este un rito que todo indígena prodiga haciendo gala de un respeto que linda con la veneración. Tan entrañable ceremonia acostumbra a culminar en el cementerio, donde cada tumba familiar es engalanada con flores, velitas y algunos otros objetos con los que complacer a sus familiares ya muertos.



A la espera de recibir la ayuda humanitaria

Sabedor de cuán arraizado tienen nuestros indígenas su costumbrismo, me preguntaba si este noviembre, más que hablar de reparto, no tendríamos que asumir el fracaso. ¿Llegarían, en realidad, los aldeanos a recoger sus despensas en el “día de muertos”? Mi duda a ellos les habría parecido hasta ofensiva. De hecho, el día convenido nadie faltó a su cita. Y eso que antes fueron surgiendo una serie de inconvenientes no fáciles de sortear. Trataré de explicarlos.

Aunque nuestro poblado sea experto en imprevistos, me contrarió ver cómo algunas calles en torno a los



“Altar de muertos” en un hogar indígena

locales de Asumta se habían convertido en puros hoyos y zanjas, debido a unas obras de drenaje municipal. Me planteé muy en serio posponer el reparto, pues me aterraba la posibilidad de que alguien pudiera caerse, rompiéndose una pierna o incluso la crisma. Encomendándome a todos los santos, busqué otra alternativa. Pero fue en vano. La parroquia estaba ocupada con la celebración de un evento, a mi casa no se podía acceder por impedirlo una maquinaria pesada y otros recintos cercanos estaban ya reservados para alguna celebración. Realmente, me encontraba en una encrucijada. De ella me sacó la providencial intervención de Vinicio, ofreciéndome un juego de llaves para entrar por una puerta trasera que, al hallarse en un callejón,

estaba libre de fosos. ¡Vi los cielos abiertos!

Nos dedicamos a colocar letreros e indicaciones en las calles aledañas para encaminar a nuestros agraciados hacia el patio de Asumta donde por fortuna pudimos hacer la entrega. En esta ocasión conté con la colaboración de Giovani, Asunción, Efraín y Chico. Aunque no sin dificultad, se activó el protocolo habitual, exigiendo que cada cual, además de mostrar una fotocopia de su DNI, estampara su firma en el lugar indicado. Lo que suprimimos fue mi alocución de bienvenida, en la que suelo darles algunas indicaciones para afianzar sus vínculos comunitarios y su aseo personal. En cambio, no faltó la oración comunitaria. Las prisas no fueron impedimento para que la siguieran con recogimiento y devoción, pues es el momento culminante del encuentro.

Nuestros indígenas saben, en efecto, que Fratisa los anima a romper los prejuicios religiosos (¡los hay!), pues todos adoramos a un mismo Dios, aunque expresemos nuestra fe en módulos religiosos distintos. Y esta idea ha ido calando en sus mentes, mitigando los prejuicios. A veces no es grato constatar cómo el fanatismo hace inviable la convivencia. Por fortuna, con nuestros beneficiarios no ocurre así. Con el paso de los años he podido comprobar que, entre ellos, se van tendiendo puentes de cercanía y diálogo, lo que me produce muy hondo placer. No en vano Fratisa cifra sus objetivos no solo en dar de comer a los hambrientos, sino también en inculcarles un espíritu de respeto y tolerancia acorde con el mensaje evangélico.



Orando ante la tumba de los seres queridos

Esta vez el reparto se hizo con diligencia. Se sabía, en efecto, que bastantes aldeanos aprovecharían la caminata para honrar a sus muertos en el panteón del pueblo. Dado que mi casa queda muy cerca del cementerio, vi desde ella con júbilo cómo se iban dando cita en él muchas personas (con su bolsa de víveres) que, antes de regresar a sus hogares, querían homenajear a sus familiares difuntos. Tan tierna escena me conmovió.

Y algo muy parecido me ocurre siempre que, en las instalaciones de Asumta, observo cómo se divierten nuestros patojos mientras entregamos las despensas. No dudo que vivan bajo el síndrome de la desnutrición. Mas, aun así, saborean a fondo las delicias de los columpios y toboganes. Son escenas dignas de grabar a fuego lento en el corazón. Al no disponer en sus caseríos de un lugar dónde jugar, se desahogan correteando por el recinto de Asumta en tanto sus mamás son agraciadas con una despensa de víveres. Ver tan felices a los niños arranca sonrisas al alma.

Pastoral de enfermos - noviembre 2024

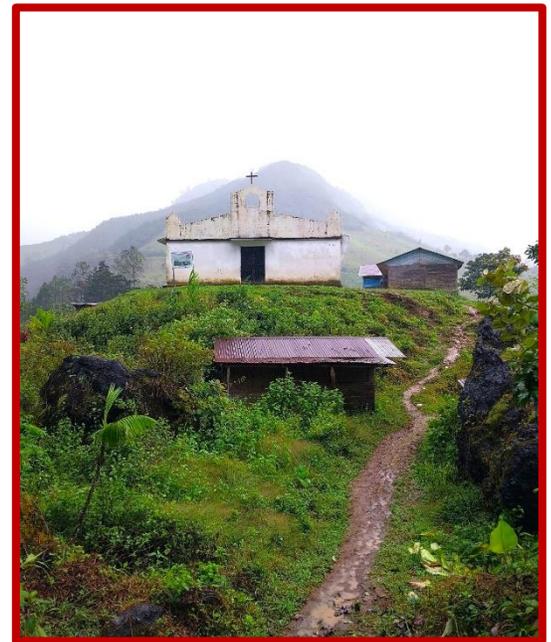
Raúl Leal

No creo decir nada nuevo afirmando que los niños discapacitados han sido, desde un principio, objeto de nuestras preferencias. Y hemos podido comprobar con complacencia que las terapias recibidas en Fundabiem les proporcionan notorio alivio. Por eso en ningún momento las descuidamos. Este mes, como de costumbre, hemos acompañado a nuestros pacientitos habituales. Llevo además tiempo con vivas ansias de inscribir en el programa a la niña Landy Belinda Abigail Quib Tun, del caserío de Chamesún. Hasta ahora, me lo han impedido los exámenes previos, requeridos por el centro. Para hacerlos, este mes había concertado diversas consultas médicas. Pero me resultó imposible llevarlas a término debido a la inclemencia climática. Las lluvias casi torrenciales han provocado inundaciones, formándose incluso riachuelos donde antes había solo veredas. Ello, unido a las bajas temperaturas, me ha aconsejado postergar las diligencias. Dado que Fundabiem, con motivo de las navidades, suele interrumpir sus servicios a mediados de diciembre, he decidido gestionar su caso a principios del próximo año.

Por lo demás, todo sigue su curso. No cesan de aumentar quienes acuden a mí solicitando alguna ayuda de Fratisa. Mas, al ser limitado nuestro presupuesto, trato de atender los casos de mayor apremio. A veces, antes de finalizar el mes, se me acaba el presupuesto. Pero bien sabe Dios que ganas no nos faltan de intensificar nuestra ayuda. Aun siendo más de un centenar los pacientes atendidos en noviembre, ateniéndome a mi protocolo, me limitaré a consignar algunas situaciones -quizá no las más graves o preocupantes- donde la dolencia se entrelaza con la anécdota.

Esperanza en el desespero

Era una mañana muy desapacible. Los vientos racheados, acompañados de una lluvia pertinaz, invitaban a quedarse en casa. Aun rondándome tal idea, decidí activarme y subir al caserío de Sesalché, al que solo conocía por referencias. Recordaba, en efecto, que el P. Felipe a veces se personaba en su ermita para celebrar una eucaristía. Llevaba tiempo con ganas de conocer a su comunidad. Pues bien, mi deseo se me



La ermita de Sesalché

tornó reto al saber que había allí una muchachita con serios quebrantos de salud. Al iniciar mi recorrido, como protección contra el vendaval, llevaba un chubasquero de nylon que me prestó un excelente servicio. Para afrontar con donaire el mal tiempo, iba canturreando canciones de mi infancia.

Me fascinaba la lujurante vegetación del bosque, cuyo silencio parecía indicarme que nadie vivía en tan recónditos parajes. Poco tardé en comprobar que no era así. De repente, comenzaron a emerger, casi ocultas por la maleza, las sombras de algunos aldeanos descendiendo de Sesoch. Dado que la mayoría me conocía, nos intercambiamos cordiales saludos, permitiéndonos incluso compartir más de una chanza. Aunque les pregunté por una supuesta enfermita en el caserío vecino, nadie supo darme razón. Continué, pues, subiendo mientras entonaba himnos de gratitud a la madre naturaleza por brindarme tanta paz y tanto sosiego.

Al avistar Sesalché, quedé impresionado por su ermita. No a causa de su grandiosidad, pero sí de su emplazamiento. Desde la cima de un otero parecía darme la más cordial bienvenida. Según se me había dicho,



Lilian con sus papás, en la oficina de Fratisa

aquel minúsculo templo era de construcción bastante reciente. Con él se había reactivado la comunidad. Esta se sentía antes muy desolada, pues su vieja ermita, que de milagro se sostenía en pie, se antojaba un monumento a la desidia. Al lado de la actual, se encontraba el “centro de convergencia” donde un par de personas estaban a la espera de ser atendidas. Entablé un breve diálogo con su enfermero (Rigoberto Asig) a quien regalé varios medicamentos, ya que de nada disponía para aliviar las bronquitis y los catarros de sus pacientes. Fue precisamente él quien me encaminó hacia la casa de la niña enferma. Era la hija de don Crisanto Cho (12 años), que -al parecer- sufría de parálisis cerebral. Pero me hizo saber que mi viaje iba a resultar inútil porque toda la familia se había ausentado por motivos laborales. Algo decepcionado, emprendí el regreso. Al pasar por Sesoch, fui agasajado con un almuerzo, pues en la aldea soy bastante conocido. Hasta aquí, todo normal. La sorpresa llegaría al día siguiente.

Me encontraba en la oficina de Fratisa cuando, al levantar la mirada, me topé con el señor Crisanto, acompañado de su esposa (Carmela Cuz Paau) y de su hija, Lilian Lisseth Cho Cuz, acurrucadita en un rebozo. Aunque se me confirmó que tenía 12 años, parecía un minúsculo bodeque de carne cuyos ojos casi carecían de expresión.

Tras exponerme con detalle su problema, me ofrecí a brindarles ayuda. Si ellos cooperaban, trataría de inscribir a Lilian en nuestro programa de Fundabiem donde recibiría muy buenas terapias. Pero era imprescindible que algún familiar la acompañara. Aun agradeciéndome la oferta, vi de inmediato que no iban a aceptarla. De hecho, doña Carmela estaba muy delicada de salud y no se daba con ánimos para cargar desde el caserío con su niñita a la espalda y acompañarnos después hasta Cobán. Vi, pues, con tristeza que a la pequeña no se le podía ofrecer más ayuda.

Tras hacernos grandes amigos y agradecer muy de veras mi gesto, íbamos ya a despedirnos. Pero en ese mismo momento tuve la feliz ocurrencia de ofrecerles una bolsa de víveres que tenía en un rincón. Al verla, les cambio por entero el semblante. Su expresión de congoja se transformó en alegría. Casi conteniendo las lágrimas, me expresaban su gratitud. Al menos durante una semana toda la familia podría alimentarse bien. Me rogaron que no los olvidara y les hiciera alguna visita en Sesalché. Y si iba acompañada por una bolsa de

alimentos, su dicha sería aún mayor. Es triste y a la vez alegre comprobar que, aun sin ofrecer la ayuda deseada, se les brinda al menos un consuelo sazornado de cariño. Prometí visitarlos algún día. ¡Nobleza obliga!

Combatiendo la invidencia

Entre nuestros aldeanos son bastante frecuentes las infecciones oculares. Unas veces por ignorancia y otras por falta de higiene, sin que tampoco falten - ¡por qué negarlo! - casos donde el problema radica en complicaciones orgánicas. Tal era, entre otras, la situación del niño Adolfo Bernabé Quej Juc, de la aldea de Naxombal, a quien hace ya unos tres años Fratisa logró frenar el galopante deterioro de su vista. Con la medicación adecuada y unas gafas bifocales, el patojo recobró casi por completo su visión. Mas, aun así, ahora -tras consultar al oftalmólogo- hubo que proporcionarle unas nuevas gafas con otra graduación. Y así lo hicimos con todo gusto. Tanto Adolfo como su padre (Arturo) apenas hallaban la manera de expresarme su profunda gratitud.

Y no es menor es la siente Fratisa por la doctora Yaneth. Ella, en efecto, me remitió al joven Sergio Humberto Cha Caal (21 años), perseguido, desde hacía meses, por unas agudas cefaleas que casi lo tenían postrado. Previendo que el problema tuviera su raíz en los ojos, la doctora Yaneth aconsejó a su madre que solicitara mi ayuda. Con gusto se la brindé. En la primera oportunidad, previa cita, lo acompañé a la fundación del doctor Archila, donde fue sometido a una serie de pruebas. Con



Adolfo, estrenando sus nuevas gafas



Sergio, sonriendo de nuevo a la vida

ellas poco se tardaría en constatar que sus nervios ópticos estaban inflamados. Y eso en cierto modo explicaba sus mareos y jaquecas. Para erradicarlos, se le recetaron varias medicinas, en tanto se le hacían exámenes de fondo de retina, de glaucoma y de campo visual.

A fin de obtener un diagnóstico con total garantía, el especialista nos remitió a Tecniscán para someterlo a doce exámenes de laboratorio. Allí el oftalmólogo nos sugirió que, si los resultados no fueran satisfactorios, se tendría que llevar al paciente hasta capital, en uno de cuyos hospitales se le sometería a una resonancia de encéfalo y órbita. Aunque estábamos dispuestos a emprender el viaje, tal diligencia puedo evitarse tras constatar que sus problemas visuales se debían una viruela sufrida en edad adulta. A juicio del especialista, con una adecuada medicación y cierta dosis de paciencia, se le irían atemperando sus dolores de cabeza y - eso era aún más importante- Sergio no acabaría perdiendo la vista. Tras conocer el diagnóstico, dimos un hondo respiro y emprendimos gozosos el regreso a su aldea.

Nuestro júbilo, sin embargo, era un tanto prematuro. De hecho, al pobre muchacho le seguían atormentando sus incesantes cefaleas. ¿Qué hacer? Sin darme por vencido, opté por recabar el parecer de un afamado internista. Este, al ver al paciente, se quedó algo perplejo. Tras una revisión superficial, lo sometió a algunas pruebas, cuyo resultado a todos nos sorprendió: Humberto tenía abusivamente altos los niveles de colesterol. Sin cuestionar el dictamen de los oculistas, se pudo al fin

-entre todos- liberar a Sergio de sus propios demonios. Por lo que sé, ahora se siente feliz, no solo porque conservará su vista, sino también porque su cabeza ha dejado de darle tumbos. Al menos es lo que está ocurriendo hasta la fecha. La experiencia me ha enseñado que, en casos así, la tenacidad puede erigirse en virtud. Bien lo sabe el afortunado muchacho.

Y esta ... ¡va de bomberos!

Decía la señora Áurea, de la aldea Chiquín Guaxcux: “Hoy para mí ha sido un día de bendiciones”. Razón no le faltaba a la buena aldeana. La tarde anterior, a través de su esposo, había solicitado mi ayuda para trasladar a su bebé hasta el hospital de Cobán donde ya en otra ocasión había sido internado. Pude complacerla a la mañana siguiente, pues tenía programado un viaje a la ciudad con un grupúsculo de pacientes. Entre ellos estaba el joven Vagner, acompañado por su madre (Asunción) que iba con el propósito de reingresarlo en el internado salesiano de Carchá. Nos acompañaba también el bebé Abner Neftalí Ical con su mamá y algunos familiares, pues urgía realizarle una tomografía cerebral. En la comitiva figuraba asimismo mi pareja (Norma) en compañía de mi hijo, Antonio Emmanuel. Y, para llenar el cupo, estaba Saida (Pansup) con su bebita Jeymi. El microbús obviamente no iba vacío.



Hay días en los que la suerte sonríe

Tenía programado llevarlo al taller para su mantenimiento, pero antes debía cambiar en el banco el cheque que acababa de darme Vinicio. Sentados en una banqueta del taller, permanecimos unas tres horas esperando la devolución del vehículo. Aunque con cierto retraso, pude ultimar todas mis gestiones. Satisfecho y complacido, decidí iniciar el regreso con mi equipo al completo.



La leche pediátrica sigue salvando vidas

Fue entonces cuando llegó a mis oídos una desagradable noticia. La carretera, a su paso por Tactic, estaba bloqueada por un grupo de enfurecidos aldeanos que reclamaban una urgente mejora de su camino rural. Sé por experiencia que, en casos así, ni al presidente del gobierno suele permitírsele el paso. Conocedora de las reglas de juego, doña Áurea, con su bebé a la espalda y el acompañante a su lado, decidió hacer el regreso andando. Yo, por mi parte, me sentía algo desfallecido pues a los tres nos faltaba el desayuno y el almuerzo. Nuestro bebé nos reclamaba a gritos su pacha. Antes de llegar al punto de control, decidimos reponer fuerzas. Y después ... ¡ponernos en manos de Dios!

Iba acercándome a Tactic cuando, de repente, me vi rebasado por un coche de bomberos. Como cortesía y saludo, hice sonar el claxon mientras los agraciaba con una sonrisa. Por lo que ocurrió después, parece que mi gesto no los dejó indiferentes. Más bien, lo contrario. De hecho, tanto el jefe como el piloto se colocaron a mi vera. Al ver que nuestro vehículo transportaba enfermos, me hicieron señas para que me colocara tras ellos. Y así lo hice. No lejos del punto de control, divisé a la señora Áurea tratando de

calmar su impaciencia ante la tozudez de los manifestantes. Al pasar a su lado, le di un jalón subiéndola al microbús con sus dos acompañantes. Ya todos juntos, nos pegamos a la rueda trasera del coche de

bomberos. Llegados al punto fatídico, su jefe se puso a negociar con los líderes de tan intempestivo bloqueo. Y estos, aunque a regañadientes, dejaron por fin paso libre a ambos vehículos. ¡Cuán hondo fue mi suspiro! Era tal nuestra gratitud que nos entraban ganas de aplaudir a los bomberos. Estaba siendo sin duda nuestro día de suerte. Quizá por ello la señora Áurea, al dejarla en su aldea, me dio su bendición como despedida, no sin antes hacer ella lo propio con Dios. A su ayuda atribuía la dicha de estar nuevamente en su casa.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – NOVIEMBRE, 2024

DESCRIPCION	CANTIDAD
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	24
Pacientes trasladados a oftalmología	04
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	03
Pacientes trasladados a Fundabiem	05
Asistencias durante el mes en Fundabiem	13
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	04
Otros traslados	04
Leche pediátrica entregada (botes)	12
Pacientes que recibieron medicinas con receta	27
Extracción de piezas dentales	12
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	01
Pacientes a quienes se realizó ecocardiograma	01
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	01
Pacientes a quienes se realizó tomografía	02
Visitas a familias y enfermos	19
Entrega de granos básicos y otros	01
Entrega de pañales desechables	04

Tañendo la campana

Emilio Álvarez Frías

Han llegado los fríos y nos han echado del norte de España, razón por la que en este tiempo de adviento hemos dirigido nuestros pasos hacia Almonte, Huelva, donde siempre es grato encontrarse con la Blanca Paloma en el Santuario de Nuestra Señora del Rocío. No es tiempo de la clásica Romería del Rocío, pero no deja de ser sumamente agradable arribar a la ermita que mandara levantar Alfonso X el Sabio allá por los años 1270/1300, tras liberar a las tierras de España de la presencia de los árabes, que, además, es uno de los epicentros más destacados de devoción mariana.



La ermita primitiva se fue deteriorando con los años hasta que en 1755 se derrumbó, llevando la Virgen del Rocío a la parroquia de Almonte. Y esta volvió a sus orígenes al terminar la nueva capilla en 1760. Por fin, el templo se convertiría en el santuario actual hace poco más de medio siglo (a. 1969).

Nuestra primera visita fue al camerino de la Virgen, rogando a la Blanca Paloma tuviera presente a María Ángeles Martín de la Sierra, y a su hermano Pepe, a cuya memoria se ha levantado una vivienda en el caserío «San Francisco», de Tamahú, para la familia Cuz Ba, cuyos diez miembros vivían pordioseramente en una mísera chabola.

Este es un momento magnífico para tener presente a José Martín de la Sierra (Pepe Sierra) y vincular su recuerdo con la llegada del Hijo de Dios, pues, en pocos días, celebraremos el nacimiento de Jesús, siempre pronto a encaminar nuestras vidas por la ruta apropiada. Sin olvidar cantar una Salve recordando la vocación musical de Pepe. Salve que sonó magnífica en la soledad de la siempre evocadora capilla del Rocío.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538



Desde que Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más necesitados, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!